



manuel olimón nolasco

historiador

EL PADRE LUIS ÁVILA BLANCAS EN LA MEMORIA.¹

P. Manuel Olimón Nolasco

Sociedad Mexicana de Historia Eclesiástica

Nota previa.- Programado este homenaje con suficiente anticipación, acepté participar en él sin titubear, motivado por el afecto prolongado de muchos años al amigo fiel y modelo sacerdotal don Luis Ávila.

Sin embargo, la primera reunión del Consejo Presbiteral de la diócesis de Tepic, coincidente con esta fecha, me ha impedido estar en persona. En estas páginas dejo y envío impreso mi homenaje.

Si alguien que no lo hubiera conocido me pidiera la descripción en una sola palabra del padre Ávila Blancas, no habría dudado en decir: un caballero. Y de las múltiples acepciones que ofrece el diccionario de la Real Academia Española aplicables a ese concepto, me quedaría con la quinta: "hombre que se porta con nobleza y generosidad", pues no me cabe duda que su paso por el mundo queda así definido y concentrado. De las muchas escenas que puedo traer a la memoria donde él está presente esos rasgos, nobleza y generosidad, resaltan sin esfuerzo. Voy a rememorar algunas, sin precisar fechas, aunque siguiendo cierto orden cronológico:

Guadalajara, 1974. Casa biblioteca (o biblioteca casa, no sabría decirlo), del Padre José de Jesús Jiménez. Reunión en la que me introduce a la Sociedad Mexicana de Historia Eclesiástica, pocos días antes de partir a Roma para inscribirme en la Universidad Gregoriana. Ahí estaba un buen grupo de historiadores, entre los que conocía a uno, que me había invitado a la reunión: el jesuita Luis Medina Ascencio, quien me había ayudado a armar el trabajo científico para el bachillerato en filosofía en el Seminario de Montezuma acerca de Fray Alonso de la Veracruz, "maestro de la

¹ Texto preparado para la Jornada Académica en memoria del M.I. Sr. Canónigo Luis Ávila Blancas C.O. por la Sociedad Mexicana de Historia Eclesiástica, Pinacoteca del templo de La Profesa, Ciudad de México, 24 de agosto de 2015.

Nueva España". Estaba presente también el padre Alfonso Alcalá, Misionero del Espíritu Santo, de quien había leído su tesis de doctorado acerca de la restauración del episcopado en México después de la independencia, obra que me ha parecido y parece hasta la fecha modelo de rigor científico. Ahí conocí al padre Ávila y aprecié de inmediato su calidad humana. No recuerdo que hubiera hablado mucho, pero sí que compartió con amabilidad tópicos interesantes. Supe entonces que México tenía algo que se llamaba "historia oratoriana" y que él tenía mucho qué ver con el rescate de obra perdida, deteriorada o simplemente olvidada de esa peculiar congregación de sacerdotes que sin emitir votos religiosos, tienen como característica la vida comunitaria y, desde luego, el cultivo intelectual. Para entonces ya estaba presente su obra en San Miguel de Allende e indudablemente estaban en ciernes dos de sus aportaciones de mayor valía: la biblioteca y la pinacoteca de La Profesa en la ciudad de México.

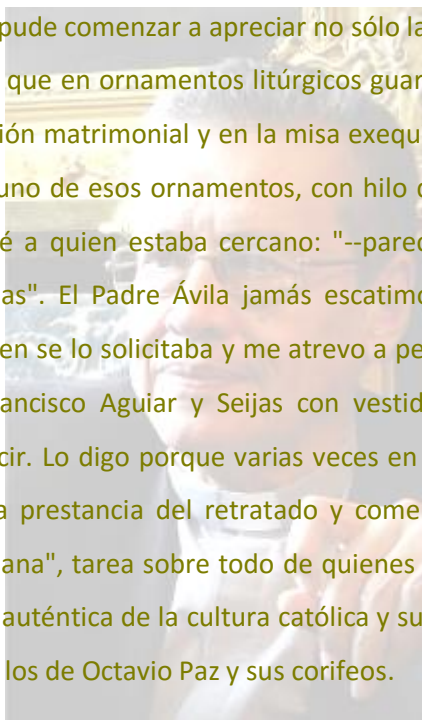


En septiembre de 1982 abrió sus puertas la Universidad Pontificia de México —*omine fausto*, es decir, con un *destino favorable*, como lo expresó don Alfonso Castro Pallares en el epigrama latino que fue portal del primer número de su revista *Efemérides Mexicana*—. Me correspondió la dicha, pues no hay otro término para calificarlo, de formar parte de su primer claustro de profesores. Fue tiempo de apertura de horizontes para la Iglesia de México y todos teníamos clara la conciencia de que el servicio universitario nos convocaba al diálogo con quienes en el documento de Puebla eran llamados "constructores de la sociedad pluralista" y que la Universidad no debería estar encerrada en sí misma o en un servicio tradicional y repetitivo. Teníamos en los oídos a manera de eco persistente, las palabras de monseñor Antonio María Javierre, secretario entonces de la Congregación para la Educación Católica en su lección universitaria inaugural: [...] Lo cierto es que... [México] no siente...la necesidad de sabios papirólogos, de arqueólogos orientales o de historiadores especializados en un personaje o episodio histórico muy concreto. La demanda versa más sobre personas capaces de orientar con rigor científico la catequesis, la liturgia y la pastoral en sus diversos registros de la vida laical y consagrada...México no puede contentarse con una Universidad mediocre, de segunda división..."² En ese primer número de la revista escribí, convencido de nuestra vocación: "[...] No dudo que con el empuje y la creatividad de sus miembros, irá significando una aportación positiva para nuestro pueblo cristiano peregrino y me atrevo a vislumbrar, en orden a su contacto con la realidad cotidiana, una especial vocación hacia

² *Mexicana (Efemérides Mexicana)*, (revista de la Universidad Pontificia de México) 1/1 (1983), pp. 42.48.

la reconciliación de tantos puntos en tensión dentro de nuestro ser nacional, de sus áreas de filosofía, derecho e historia".³

No ha sido digresión ni distracción hablar de los inicios de la Universidad Pontificia. Don Luis fue uno de sus más entusiastas apoyos en sus años primeros. A poco de iniciadas las tareas y puesta en su lugar la biblioteca, herencia casi completa del ya histórico Seminario Nacional Mexicano de Montezuma, fue de sus primeros usuarios buscando sobre todo obras relacionadas con don Juan Benito Díez de Gamarra y los comienzos de la filosofía moderna en la que todavía se llamaba Nueva España. En octubre de 1983 organizó el Primer Congreso de Historia Oratoriana, al que siguió por lo menos otro, bien organizados y con sus correspondientes memorias impresas. Entonces y poco más adelante pude comenzar a apreciar no sólo la biblioteca y la pinacoteca de La Profesa sino también el tesoro que en ornamentos litúrgicos guarda la sacristía de la iglesia. Más de una vez, en alguna celebración matrimonial y en la misa exequial de la doctora Josefina Muriel en febrero de 2008, utilicé alguno de esos ornamentos, con hilo de oro o de plata y de broma, a propósito de su peso, comenté a quien estaba cercano: "--parece que me estoy poniendo una armadura para ir a las cruzadas". El Padre Ávila jamás escatimó su tiempo para guiar por los secretos de la pinacoteca a quien se lo solicitaba y me atrevo a pensar que su pintura favorita era una impresionante de don Francisco Aguiar y Seijas con vestiduras litúrgicas negras (guantes incluidos) en actitud de bendecir. Lo digo porque varias veces en que hice con él el recorrido del recinto no dejó de subrayar la prestancia del retratado y comentar la injusticia de reducirlo a "misógino y enemigo de Sor Juana", tarea sobre todo de quienes llevaron adelante "los empeños de una casta" sin comprensión auténtica de la cultura católica y sus expresiones lingüísticas, como calificó el padre Castro Pallares los de Octavio Paz y sus corifeos.



La iglesia del Oratorio de San Felipe Neri de la ciudad de México, más conocida como "la Profesa" por sus antecedentes jesuitas, estuvo a cargo de Ávila Blancas por bastante tiempo. Muchas de las mejoras que promovió fueron prácticamente invisibles, pero muchas no y varias de ellas estuvieron relacionadas directamente con el esplendor del culto litúrgico y con la belleza de las celebraciones, con el limpio disfrute a través de los sentidos corporales de los misterios de la fe, pues el cristianismo no es intelectualismo frío o una lista de disposiciones jurídicas que cumplir,

³ *La Universidad Pontificia de México y la tradición universitaria mexicana*, id., p. 26

sino la presencia y acción del Verbo Encarnado quien, afirmó San Ireneo de Lyon en el siglo II: "Trajo consigo toda novedad". Tengo presentes dos ocasiones en que me invitó a participar en el "Ejercicio de las tres horas" durante el Miércoles de la Semana Santa, tres horas cronometradas de oración, canto de coros y música con orquesta sinfónica sin pizca de aburrimiento, regidas por un folleto de piedad fluida llamado "Con Jesús hacia el calvario". A pesar de la feroz secularización citadina, el hecho de que la ciudad se torna pueblerina en su flujo peatonal durante esos días, ayudó a que el recogimiento no sólo fuera real dentro del templo sino también en el paso por las calles cercanas.

Y a propósito de los sentidos, don Luis sabía acercarse a la mesa y hacerla no sólo punto de reunión sino de auténtica comunión.

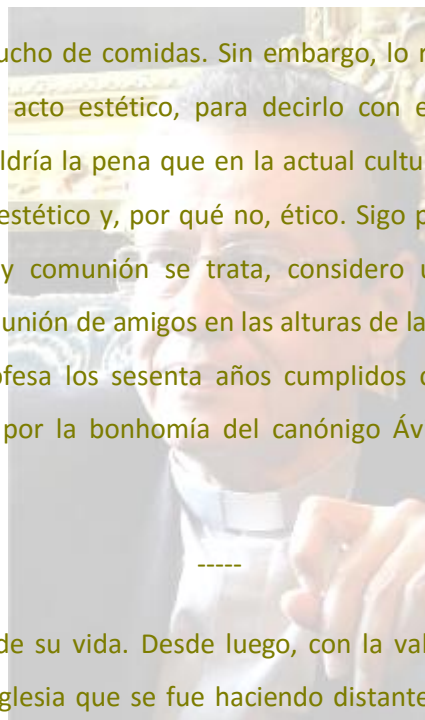
Un día de 1999 recibí una invitación suya para ir al salón "El Generalito" del antiguo Colegio de San Ildefonso. La razón era que se presentaría la edición contemporánea del "Códice Ávila Blancas", recetario de cocina del siglo XVIII custodiado cuidadosamente por su familia desde entonces. La familia Briz, dueños del restaurant "El Cardenal", que de patronos de la restauración de obras para la Pinacoteca se habían convertido en amigos, patrocinó también la publicación moderna de esas recetas y tomaron la palabra en ese dignísimo marco la doctora Guadalupe Pérez San Vicente y Paco Ignacio Taibo I, la primera con erudición digna de su mucho estudio y el segundo con el nunca abandonado humorismo de "el gato culto" del diario "El Universal". No sé si alguien habrá intentado llevar a la práctica las fastuosas recetas ahí coleccionadas, pues a juzgar por la cantidad de huevos, pollos, gansos, perdices, venados y demás ingredientes, serían ataques directos al nivel del colesterol y otras problemáticas contemporáneas.

Durante el tiempo que fue nombrado canónigo y Sacristán mayor de la Catedral de México siguió adelante en su tarea de restaurar obras pictóricas. Contó con un apoyo privilegiado en el tiempo que el licenciado Luis Donald Colosio estuvo al frente de la "supersecretaría" de Desarrollo Social. No obstante, mucho logró por medio de su labor paciente, solicitando--así lo escuché--"aunque sea un pesito". Tengo nítidas en mi memoria un desayuno en "El Cardenal" de la calle de Palma (único que había) que incluyó desde luego las famosas conchas con nata, con el licenciado Manuel Camacho Solís y una merienda a base de ricos tamales en el "Café Tacuba" con Guillermo Tovar y de Teresa; ambos comensales después de ricas charlas, al final le entregaron sendos donativos

para la restauración. De esta manera brilló un poco más la catedral: la colección de arzobispos, el "salón guadalupano", la imagen de la Virgen firmada por Rafael Aguirre que presidió el Congreso Guadalupano de diciembre de 1931, preludio de una intensificación en la persecución callista que parecía superada.

Sin dejar el tema de la comida, en una ocasión fuimos invitados a Monterrey a la anual exposición y venta de arte sacro que se organizaba a favor del Hospicio Ortigosa. Como llegamos tarde y en Monterrey eran muy estrictos con los horarios de la comida, no dudó en que pasáramos a comer a la vieja cantina estilo "Wild West" del Hotel Ancira, pues el restaurant con las jaulas de pájaros cantores estaba ya cerrado.

Tal vez parezca que hablo mucho de comidas. Sin embargo, lo recalco pues para él comer era más que alimentarse; era un acto estético, para decirlo con el filósofo catalán del Medievo Francesc de Eiximenis. Bien valdría la pena que en la actual cultura de la rapidez y el desecho se volviera a pensar así: un acto estético y, por qué no, ético. Sigo pues insistiendo: si de la comida como expresión de amistad y comunión se trata, considero una especie de cumbre haber participado en una exquisita reunión de amigos en las alturas de la Torre Latinoamericana después de haber festejado en La Profesa los sesenta años cumplidos como sacerdote. La charla y la comida estuvieron matizadas por la bonhomía del canónigo Ávila, juvenil en su ya encorvada ancianidad.

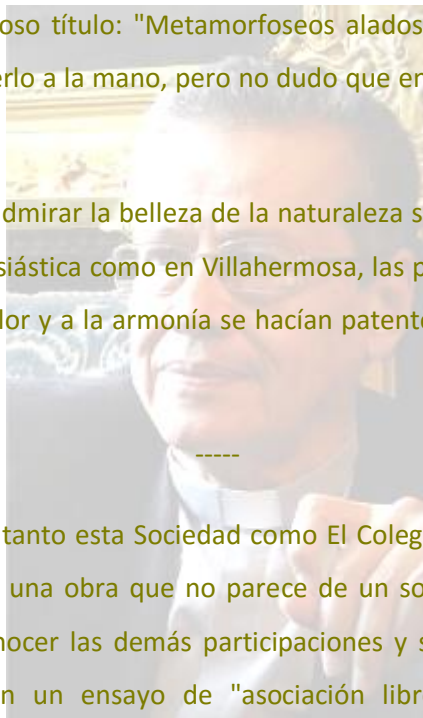


La belleza fue el gran tema de su vida. Desde luego, con la valoración del arte, ese amigo de tantos siglos de la vida de la Iglesia que se fue haciendo distante e ignorado sobre todo por los clérigos. Tengo presente su alegría cuando apenas regresado de Roma a fines de julio de 1993 de un primer y difícil encuentro tratando de tramitar una exposición de los Museos Vaticanos, le dije que todo iba "viento en popa", que no podía fallar la recién estrenada diplomacia mexicana ante la Santa Sede y que el "golpe definitivo" lo daríamos en la ya anunciada visita del Papa Juan Pablo a Mérida. Compartimos lo que después no se comprendió, pero estuvo en el núcleo de este esfuerzo que se llamó "Tesoros artísticos del Vaticano. Arte y cultura de dos milenios": la posibilidad de colaboración y diálogo en un área fuera de la política entre la Iglesia el Estado, en la que puede ser la más limpia de todas y favorece la valoración de la dignidad humana, donde la Iglesia tiene una palabra clara no sólo desde el pasado sino hacia el futuro: la cultura y el arte. Yo

mismo le hice una visita guiada y recuerdo su rostro iluminado ante el "Buen Pastor" paleocristiano, la pequeña pero profunda "Pietà para Vitoria Colonna" de Miguel Ángel y los "Ángeles músicos" de Melozzo da Forlì; su cara de interrogante frente a una de las casullas de Matisse para la capilla de Vence, el rostro de Cristo un tanto arlequinesco de Rouault y la "Piedad roja" de Chagall y su asombro inocultable al tener delante el "Codex purpureus" de San Mateo, el "Virgilius Romanus", manuscrito iluminado de la Eneida o las "Observaciones del sol" de Galileo.

Es indudable también su aprecio por la poesía. He encontrado a la venta en una librería de San Francisco, California llamada "Libros Latinos" una edición introducida, transcrita y anotada por el canónigo Ávila de una publicación del Colegio de San Francisco de Sales de la villa de San Miguel el Grande de 1755 con este curioso título: "Metamorfoseos alados o aves racionales a alegacías". Lástima que no he podido tenerlo a la mano, pero no dudo que en la biblioteca de La Profesa está incluido.

Pero también me tocó verlo admirar la belleza de la naturaleza sobre todo en algunas reuniones de la Sociedad de Historia Eclesiástica como en Villahermosa, las pirámides de Coacalco, Palenque o Mérida. Su sensibilidad al color y a la armonía se hacían patentes, le arrancaban comentarios y contagiaba con su interés.



Me alegra que esta semana tanto esta Sociedad como El Colegio de México hayan hecho a un lado la posible ingratitud ante una obra que no parece de un solo hombre ni de una sola vida. Escribí estos renglones sin conocer las demás participaciones y sin seguir un guión previo. Casi parece que me encuentro en un ensayo de "asociación libre". Puede ser que aquí haya repeticiones pero no hay ni cumplidos ni estereotipos. Lo que digo es fruto —como lo expresé en el título— de un ejercicio de memoria sobre el amigo fiel y el colega tanto por el sacerdocio como por la historia, sobre el *caballero*, "hombre que actúa con nobleza y generosidad". No olvido su saludo y a veces su visita los días de Corpus para conmemorar mi "santo". Un valioso regalo de uno de esos días fue una "Vida de Santa Teresa" en francés, edición decimonónica de la colección Migne.

Estoy seguro que la raíz más fuerte de su labor tesonera, incansable y ejemplar, está en su fe inquebrantable y en su adhesión incondicional al sacerdocio que Cristo se ha dignado compartir con seres humanos frágiles pero con fuego en el corazón. Ese fuego no se extinguió con su partida

de este mundo y no quedó entre nosotros sólo como recuerdo: ahora don Luis goza en el Cielo de la mirada tierna de los "ojos misericordiosos" de la Virgen María, tan querida por él sobre todo bajo la advocación guadalupana y esos ojos lo guían a contemplar a quien en su comparación las más bellas obras del arte de todos los tiempos no son más que pálidos reflejos: Jesucristo, la imagen de Dios invisible, el Primogénito de la Creación. A Él la gloria por los siglos.

